

# ***“Cultura y posdesarrollo: perspectivas, itinerarios y desafíos de la comunicación para el cambio social”***

***Daniela Bruno y Lucía Guerrini***

## **1. *Introducción***

Desde mediados del siglo XX hasta nuestros días diversas tradiciones teóricas y empíricas intentaron dar respuesta a las “necesidades simbólicas y subjetivas del desarrollo” (ARMAS CASTAÑEDA, 1995). A partir de una multiplicidad de experiencias que fueron “haciendo camino al andar”, ha tomado forma lo que hoy denominamos el campo del *Desarrollo*, así como su enfoque crítico más actual, el *Posdesarrollo*.

Del mismo modo que ocurre con la noción general de desarrollo, cuando en este campo se alude a su “dimensión cultural” las definiciones no son unívocas. A medida que esta *dimensión cultural del Desarrollo* fue adquiriendo cada vez más peso en las conceptualizaciones y en las experiencias, ha ido mutando su significado: pasó de ser *obstáculo* al desarrollo a su *motor*. En este movimiento dejó de aludir sólo a los medios masivos de comunicación como instrumentos, y a las Humanidades y las Bellas Artes como patrimonio, para constituirse en una dimensión constitutiva de lo social, esencial para el fortalecimiento de las instituciones democráticas y el tejido social, la movilización ciudadana y el ejercicio pleno de la ciudadanía.

La convergencia de miradas resultó en una riqueza de planteos analíticos y aplicaciones prácticas que comprendió desde concepciones *tradicionales*, en las que el énfasis estuvo puesto en la transmisión de información y las intervenciones de “arriba hacia abajo”, hasta las concepciones *actuales*, que entienden que el aporte de la cultura y de los procesos de comunicación (sean éstos massmediatizados o no) a los procesos de desarrollo consiste fundamentalmente en establecer nuevas “comprensiones comunes” y promover la movilización ciudadana para alcanzar su compromiso y participación en el logro de propósitos planteados colectivamente, fortaleciendo la democracia y la construcción de lo público.

El campo de la denominada “*Comunicación para el desarrollo*” no sólo no experimentó una evolución unilineal -en la que los nuevos enfoques sustituyeron o reemplazaron a los anteriores- sino que, muy por el contrario, los abordajes teóricos y prácticos de diversas procedencias convergieron y evolucionaron a partir de esa convivencia. Como consecuencia, las diferencias obedecieron mayormente a proveniencias de campos disciplinares muy disímiles y poco interconectados, y no necesariamente a francas oposiciones de premisas y diagnósticos, si bien éstas también existieron.

Aunque el debate científico aparentemente haya dado por superada la concepción instrumental “medio céntrica” de la comunicación y el supuesto de un receptor pasivo, en las propuestas concretas de los programas y proyectos de desarrollo -hegemonizados por sus agencias e instituciones promotoras- esta visión prevalece aún hoy, de manera más o menos explícita. La comunicación suele ser entendida como mera difusión de información, en el marco de un enfoque o diagnóstico social de tipo funcional; siendo frecuentes las alusiones a

la “conectividad” y sus virtudes para la socialización de valores y normas, así como para favorecer la integración social (WAISBORD, s/f, p. 5). Todo ello se da en el marco de una concepción del desarrollo pensada justamente, desde los principales centros del capitalismo desarrollado.

En un período de culturización de lo social, de inquietud por las diferencias culturales y la integración social, y de preocupación por la desigualdad y la exclusión, surge una renovada preocupación por la cultura y su relación con el desarrollo, más específicamente por sus aportes para la generación de riqueza, la conformación de ciudadanía, el reconocimiento de la diversidad cultural y el ejercicio pleno de derechos de distintos grupos sociales.

A partir de las premisas anteriormente esbozadas, en el presente documento nos abocaremos a revisar la riqueza analítica y propositiva de la comunicación en el campo del desarrollo en el actual contexto de creciente interés por la cultura y su relación con el cambio social, lo que reconfigura los contextos y competencias del quehacer de los comunicadores en la sociedad actual.

Con este objetivo, el texto transitará por cuatro grandes ejes temáticos. Como primer paso, trabajaremos sobre el *concepto de desarrollo* desde una perspectiva histórica; es decir, desde su surgimiento en el marco de una idea de progreso, pasando por las críticas y las revisiones que dieron paso a lo que hoy se considera el *posdesarrollo*. En segundo lugar, abordaremos la *dimensión cultural del desarrollo*, en un recorrido por las concepciones hegemónicas, las miradas críticas, los ‘traslados’ y las visiones más recientes. Luego, nos detendremos en el análisis retrospectivo del campo de la *Comunicación para el Desarrollo en Latinoamérica*, identificando los principales abordajes teóricos y sus aplicaciones prácticas más relevantes, para intentar reconocer los cambios experimentados. Por último, reflexionaremos sobre la creciente relevancia adquirida por la dimensión cultural y comunicacional del desarrollo, sus postulados y desafíos, así como sus *aportes a los procesos democráticos actuales desde una perspectiva del cambio social*.

## **2. El concepto de desarrollo**

Pensar la comunicación en este campo implica necesariamente interrogarse sobre la concepción de desarrollo y el proyecto transformador que la precede y define, en última instancia, sus objetivos y contenidos. Por ello nos parece pertinente dedicarnos inicialmente a una breve historización de este término *en disputa*, cuyo significado ha variado según actores y momentos específicos.

### **2.1. Antecedentes**

Toda concepción del desarrollo implica una tesis sobre la esencia del devenir, el cambio y la evolución. El desarrollo ha sido presentado históricamente como una apuesta al futuro, a la transformación y a las mejoras necesarias para conquistarlo (CIMADEVILLA, 2004).

La concepción moderna de esa búsqueda de transformación se inicia con la idea de progreso, antecedente de la de desarrollo. Con esa impronta se han justificado, ensayado y proyectado fórmulas muy diferentes para unir en el tiempo dos situaciones disímiles: el presente imperfecto y el futuro deseado.

Como señalan *Pilar Monreal* y *Juan Carlos Gimeno* (1999: 5) “el concepto moderno de desarrollo apareció en unas determinadas condiciones históricas que significaron un cambio en las relaciones internacionales y la emergencia de un nuevo orden mundial: el declive del colonialismo y la consolidación de los Estados- Nación, la emergencia de la Guerra Fría, la necesidad del capitalismo de encontrar nuevos mercados y la confianza en las posibilidades de la aplicación de la Ciencia para abordar los problemas de cada una de las sociedades mediante la ingeniería social”.

Según *Gustavo Cima Devilla* (2004: 100), el progreso se convierte en desarrollo cuando los países, transformados en Estados Nacionales, postulan políticas públicas para cumplir con fines colectivos en nombre de su poder de representación. Por ello, si el progreso es racionalidad técnica y avance continuo, el desarrollo es igual al progreso pero con una forma de intervención que privilegia al Estado como actor colectivo que procura el bien común.

De acuerdo al planteo de varios investigadores (MATTELART, 1993: 175; CORTÉS 2009: 1 y ESTEVA, 2000: 67; entre otros) el concepto de desarrollo fue incluido en la agenda internacional en 1919 por Woodrow Wilson, el entonces Presidente de EE.UU., en las postrimerías de la Primera Guerra Mundial. Durante su discurso denominado “Catorce Puntos para la Paz”, estableció la necesidad de promover el progreso de las naciones, generando adelantos técnicos, aplicando nuevos métodos capaces de aprovechar el potencial productivo y modernizando las instituciones y las formas de vida.

Años más tarde, otro Presidente de EEUU sería el encargado de instalar definitivamente el término. Harry Truman, en su “Discurso sobre el Estado de la Unión” de 1949, interpeló a la opinión pública mundial a movilizar energías para luchar contra los grandes desequilibrios sociales que amenazaban con abrirle paso al comunismo. En el “Punto cuatro” de su discurso público inaugural, el Presidente Truman propuso: “Nosotros debemos iniciar un nuevo y osado programa para hacer disponibles los beneficios de nuestros avances científicos y de nuestro progreso industrial para la mejoría y el crecimiento de las áreas subdesarrolladas”.

*Monreal* y *Gimeno* (1999: 6) concluyen que “el proceso de descolonización post Segunda Guerra Mundial coincidió con la adopción de los países emergentes de políticas nacionales para salir del subdesarrollo, que reproducían la dependencia de las antiguas colonias (...) Esto consolidó un camino de única vía que hizo del desarrollo una institución universal, dentro de un determinado orden mundial de relaciones entre Estados Nacionales, reguladas por organizaciones supranacionales como Naciones Unidas y las agencias afines”.

Por su parte, *Gustavo Esteva* (2000: 69) agrega que la “invención del subdesarrollo” convirtió a dos mil millones de personas en subdesarrolladas las que “literalmente dejaron de ser lo que eran, en toda su diversidad, y se metamorfosearon en un espejo invertido de la realidad de otros, un espejo que los empequeñece y los envía al final de la cola, un espejo que simplemente define su identidad – que es en verdad la de una mayoría heterogénea y diversa – en los términos de una estrecha y homogeneizadora minoría”.

La emergencia del discurso del “subdesarrollo” propuso la idea de cambio planificado y les atribuyó a los actores supranacionales tales como el Banco Mundial (BM) y el Fondo

Monetario Internacional (FMI), el rol de “agentes internacionales” de los “cambios nacionales” para inducir un cierto patrón de “desarrollo”.

Tal como lo anota *Arturo Escobar*, en la legitimación e institucionalización del *desarrollo* y del *subdesarrollo* la planificación o la planeación fueron centrales a éste desde sus principios (2001: 55-56). Estos conceptos encarnan la creencia de que el cambio social puede ser manipulado. Así, la idea de que las localidades, regiones o naciones “subdesarrolladas” pueden marchar hacia el progreso o hacia el desarrollo ha sido tomada como axioma.

La modernización, como paradigma y modelo de acción, traía de la mano una visión lineal del desarrollo: la “evolución” de las naciones se daría gradualmente, casi naturalmente, hasta llegar a los estadios superiores siguiendo el ejemplo de los países centrales. La variable fundamental era la económica y el progreso estaba vinculado a las mejoras en infraestructura (hospitales, escuelas), vías de transporte (camino y rutas para mejorar la comercialización) y técnicas productivas para la industria, el comercio y el sector rural. El crecimiento económico se transformó así, en el factor imprescindible para alcanzar las sucesivas etapas de desarrollo.

Sin embargo, ya en los años sesenta, el modelo industrializador mostraba signos de crisis. En ese momento, se creyó que gran parte del problema y los conflictos generados radicaban aún en la falta de información y preparación de las comunidades de los países “en vías de desarrollo”, lo que generaba resistencias a la hora de apropiarse de los métodos y técnicas que el “Primer Mundo” proponía como condiciones necesarias para el desarrollo y el afianzamiento de las instituciones democráticas.

Como consecuencia, los países centrales -con Estados Unidos a la cabeza- generaron una estrategia de transferencia de recursos y conocimientos que fue denominada “*Alianza para el Progreso*”<sup>1</sup>.

Con este puntapié, surgió una multiplicidad de proyectos que tuvieron como fin transformaciones en materia educativa, sanitaria, edilicia y productiva. Se esperaba generar y fortalecer procesos de alfabetización, transferir tecnologías y conocimientos sobre formas de producción, implementar nuevas estrategias de prevención y tratamiento de enfermedades, e implementar mejoras en las costumbres alimenticias, en el tratamiento de los recursos naturales y en las dinámicas de organización comunitaria, etc.

Bajo el concepto de *desarrollismo* se englobaron estas intervenciones que, como puede observarse, buscaban implantar los “cambios mentales necesarios”, modificaciones en las conductas de los individuos que ayudarían a establecer un modelo de desarrollo todavía centrado en los aspectos económicos.

## **2.2. Las críticas al desarrollismo**

---

<sup>1</sup> Ideada por el Presidente de Norteamérica John F. Kennedy y aprobada en el Consejo Interamericano Económico y Social realizado en Punta del Este, durante Agosto de 1961, en respuesta a la “avanzada comunista” que representaba un peligro en la región luego de acontecida la Revolución Cubana en 1959. Todos los países latinoamericanos, excepto Cuba, ratificaron su adhesión a las políticas del desarrollismo que se consolidaban con la “Alianza para el Progreso”.

Pasaron los años y las experiencias pero, una vez más, estas iniciativas no lograron el impacto esperado por sus promotores. El paradigma *modernizador o desarrollista* encontró una fuerte interpelación desde los “depositarios” del desarrollo.

Mientras las perspectivas liberales dominantes apostaban al crecimiento económico, la competitividad y la innovación, nacieron otras visiones que desafiaron lo establecido. Durante la década del 70 los países “periféricos”, denominados así por oposición a los centrales, habían comenzado a plantear el etnocentrismo de las teorías desarrollistas que negaban la especificidad de las culturas y la autodeterminación de las Naciones.

Estas miradas “críticas” hicieron su aparición en escena a partir de los procesos de reestructuración capitalista, registrados en los países centrales y en los predominantemente periféricos, como respuesta frente a la crisis de acumulación del sistema.

Los enfoques de base marxista centraron su atención en la naturaleza asimétrica y desigual del desarrollo capitalista manifestada en los niveles locales, nacionales e internacionales. Más tarde, las aproximaciones sustantivistas<sup>2</sup> y posestructuralistas, pusieron énfasis en la valorización de la Vida y la cultura de cada lugar, de la escala humana y comunitaria, y de la producción de conocimiento y poder en los niveles socio-territoriales, como alternativas a los discursos y prácticas hegemónicas (al capitalismo, la globalización y al desarrollismo, en particular).

Ante los cuestionamientos realizados por los movimientos socioculturales y las teorías críticas que, como se dijo, se hicieron más fuertes en los años 70 pero tenían sus orígenes ya en los ‘60, los productores de los discursos y prácticas hegemónicas fueron rápidos en su ‘mimetismo político’ y decidieron utilizar nuevos ‘apellidos’ para nombrar al desarrollo, resignificando justamente aquellos propuestos por sus detractores. De esta manera, con el correr del tiempo fueron apareciendo ‘nuevas’ concepciones que hablaron de “desarrollo participativo”, “otro desarrollo”, “desarrollo integrado”, “desarrollo endógeno”, “eco-desarrollo”, entre otros. Así, en los últimos años surgieron los conceptos de “desarrollo local”, “sostenible” y “humano” (VARGAS SOLER, 2007:6).

Durante la década del 90, distintos Organismos Internacionales y organizaciones no gubernamentales (ONGs), entre los que sobresale el *Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo* (PNUD), propusieron un nuevo concepto de *Desarrollo Humano* (DH) que sintéticamente puede definirse como “el proceso de ampliar la gama de opciones de las personas, brindándoles mayores oportunidades de educación, atención médica, ingreso y empleo, y abarcando el espectro total de opciones humanas, desde el entorno físico en buenas condiciones, hasta las libertades económicas y políticas” (PNUD, 2002).

---

<sup>2</sup> Para el antropólogo económico Karl Polanyi (1886 – 1964) “el capitalismo moderno propició una auténtica desviación de la norma social, moral e incluso espiritual de las civilizaciones” (Rendueles: 160). Según Polanyi el significado sustantivo de lo económico deriva del hecho que para su subsistencia el ser humano necesite del intercambio con la naturaleza y sus semejantes. Desde la perspectiva sustantivista, la racionalidad económica debería centrarse en la satisfacción de necesidades materiales y no en la búsqueda de maximización de los beneficios individuales. Polanyi basó su teoría en el estudio de algunas economías primitivas en las que las transacciones económicas no podían ser comprendidas por fuera de ciertas obligaciones sociales basadas en los principios de reciprocidad, redistribución e intercambio, más apropiados para comprender la lógica de circulación de bienes y servicios, que la racionalidad instrumental.

De esta manera, se busca complementar lo relativo al crecimiento económico con todo aquello que involucra al ser humano en su integridad vital: la formación de las capacidades y el despliegue de oportunidades de todas las personas y de toda la persona. Como correlato, el fortalecimiento de las capacidades endógenas de las comunidades sólo es posible si se respetan las particularidades culturales y la historia de cada lugar.

La libertad de opción es medular en esta conceptualización y el ingreso económico es importante en tanto medio para el desarrollo de las capacidades, en base a la ampliación del acceso a la salud y alimentación, a una vivienda digna, a un trabajo, al conocimiento, la educación y la cultura.

Esta mutación es el indicador de un mundo que ha cambiado, que cuestiona la centralidad de los Estados Nación mientras se acentúan los flujos migratorios, aparecen las ONGs, las organizaciones y movimientos sociales, las articulaciones entre lo local, el Estado y lo global.

Sin embargo, según sus críticos, el “Paradigma del Desarrollo Humano” fue canalizado a América Latina y otras partes del mundo a través de diversos mecanismos institucionales e intervenciones específicas (créditos para la generación de políticas públicas en materia de salud y educación), que han dado como resultado la creación de un régimen de representación jerárquico de la realidad entre las distintas localidades, regiones o países que alcanzan un mayor o menor “Índice de Desarrollo Humano”. Esta forma de valorar cada realidad continúa posicionando al crecimiento económico como la variable determinante del índice y de la escala de desarrollo alcanzada.

### **2.3. El desarrollo como discurso**

La problemática del desarrollo ha estado siempre vinculada a la “industria” de la ayuda y la cooperación; mientras sus ideas y prácticas se han visto influenciadas por la experiencia histórica de los países del norte. De allí que muchos autores, especialmente los posestructuralistas, consideren al desarrollo como una forma de “neoimperialismo”.

Siguiendo este enfoque, el *discurso del desarrollo* ha operado a través de dos mecanismos principales: a) la institucionalización del desarrollo a través de la creación de una vasta red de organizaciones dedicadas desde sus intervenciones a promoverlo. Se trata de ámbitos muy influyentes en la definición de las políticas estatales de todos los países, tales como el Banco Mundial, el FMI, el Banco Interamericano de Desarrollo (BID) y las Naciones Unidas -y dentro de ellas especialmente organismos como el PNUD, la CEPAL y el ILPES<sup>3</sup>-; y b) la profesionalización de los problemas del desarrollo, lo cual ha incluido el surgimiento de conocimientos especializados así como campos para lidiar con todos los aspectos del “subdesarrollo” (VARGAS SOLER, 2007: 11). Ambos mecanismos facilitaron la vinculación sistemática de conocimiento y práctica por medio de proyectos e intervenciones particulares. En las próximas secciones nos abocaremos a reflexionar sobre este segundo mecanismo, específicamente en lo que refiere al campo de la comunicación.

---

<sup>3</sup> Si bien a lo largo del texto se enfatiza en la influencia decisiva de los Organismos de Cooperación Internacional en las experiencias vinculadas al Desarrollo, resulta importante no suscribir a una visión monolítica del poder. De manera que preferimos adoptar una visión compleja y concebir que estas organizaciones son permeables a las transformaciones que su propio accionar genera.

Mientras que desde el paradigma liberal se han desarrollado perspectivas y tipologías de desarrollo, como las ya planteadas del “*crecimiento*” y la “*modernización*”, el “*desarrollo endógeno*”, “*sostenible*” y “*humano*”; los abordajes de la *Teoría de la Dependencia*, del “*Sistema-mundo*” y del “*Desarrollo desigual y combinado*” han sido de las más influyentes desde el Paradigma Marxista. Desde las perspectivas posestructuralistas y sustantivistas por su parte, se han postulado las propuestas “*desarrollo a escala humana*” y “*posdesarrollo*”.

Esta última, no tiene como propósito principal crear una nueva noción o modelo de desarrollo, sino “desmontar” sus mecanismos discursivos, es decir, *deconstruirlo*. El concepto de “*posdesarrollo*” destaca las formas de exclusión que conllevaba el discurso y la práctica del desarrollo. En particular, la exclusión de los conocimientos, los modos de vida, las voces y preocupaciones de aquéllos quienes, paradójicamente, deberían beneficiarse con el desarrollo: la población históricamente excluida y empobrecida de Asia, África y América Latina.

Según *Arturo Escobar* (2005), la idea del posdesarrollo se refiere a: 1) la posibilidad de crear diferentes discursos y representaciones que no se encuentren tan mediados por la construcción del desarrollo (ideologías, prácticas, símbolos, lenguaje, premisas, etc.); 2) la necesidad de cambiar las prácticas de saber y hacer, y la “economía política de la verdad” que define al régimen del desarrollo; 3) la necesidad de multiplicar centros y agentes de producción de conocimientos –particularmente, hacer visibles las formas de conocimiento producidas por aquéllos quienes supuestamente son los “objetos” del desarrollo, para que puedan transformarse en sujetos y agentes-; 4) enfocarse en las adaptaciones, subversiones y resistencias que localmente la gente efectúa en relación con las intervenciones del desarrollo, destacando las estrategias alternas producidas por movimientos sociales al encontrarse con proyectos de desarrollo.

A partir de los años ochenta propuestas como las del “Posdesarrollo” de *Escobar*, el “Desarrollo a Escala Humana” de *Max Neef* y el “Fin del Desarrollo” de *Souza Silva*, han abierto la posibilidad de deconstruir y reconstruir los discursos hegemónicos del desarrollo, poniendo la atención en órdenes sociales alternativos en los que no sólo importa lo material sino también la Vida y la Naturaleza.

Aún así, de acuerdo a lo planteado por *Juan Carlos Vargas Soler*, en los inicios del Siglo XXI “los cantos del neoliberalismo nos mantienen rehenes a la ‘idea de desarrollo’ como cortina de humo para la acumulación material y simbólica de capitales de la civilización occidental (...) Los cantos de sirena son: crecer, crecer y crecer, exportar, exportar y exportar, privatizar, privatizar y privatizar, acumular, acumular y acumular. Su canto no incluye las palabras justicia y vida, asumiendo que crecimiento y progreso económico es sinónimo de bienestar y de calidad de vida” (VARGAS SOLER, 2007: 10).

En todo caso, lo importante es destacar que se trata de una *construcción social*, contingente, que puede ser modificada entendiendo que no estamos sólo frente a un juego de ideas, sino que la adopción de una perspectiva de desarrollo implica una decisión capaz de afectar la vida de muchas personas. Ello significa asumir que el desafío es grande, pues estas relaciones desiguales no han sido el fruto de la imposición; lejos de la coacción y la fuerza esta construcción hegemónica se apoya en mecanismos de consentimiento: *representaciones comunes que dominados y dominantes comparten*.

### 3. La cultura del desarrollo

*“La dimensión cultural del desarrollo se ha convertido últimamente en un tema central, tanto en el ámbito político como académico. Pero ese interés disfraza en muchos casos un profundo malentendido: el que reduce la cultura a dimensión del desarrollo sin el menor cuestionamiento de la cultura del desarrollo que sigue aún legitimando un desarrollo identificado con el crecimiento sin límites de la producción, que hace del crecimiento material la dimensión prioritaria del sistema social de vida y que convierte al mundo en un mero objeto de explotación. Pensar la cultura como dimensión se ha limitado a significar el añadido de una cierta humanización del desarrollo, un parche con el que encubrir la dinámica radicalmente invasiva (en lo económico y en lo ecológico) de los modelos aún hegemónicos de desarrollo”.*

**Jesús Martín Barbero** (1999)

Existen dos grandes ideas acerca de la *cultura* en Ciencias Sociales, específicamente en el campo Antropológico, que pueden sintetizarse de la siguiente manera: un conjunto de ideas más antiguo, que equipara a ‘una cultura’ con ‘un pueblo’, delineado a partir de límites geográficos y una lista de rasgos característicos; y, por otra parte, nuevos significados de ‘cultura’ que, lejos de “cosificarla”, la definen como un proceso político de lucha por el poder para definir conceptos clave, incluyendo el concepto mismo de ‘cultura’ (WRIGHT, 1998).

Los procesos que pusieron en crisis a las sociedades salariales de posguerra (centradas en la relación capital-trabajo asalariado), contribuyeron a la emergencia de nuevos y localizados sujetos históricos (nuevos actores y movimientos sociales) que constituidos en torno a la identidad, el género, la etnia, el medio ambiente y el territorio, aportaron nuevas perspectivas del desarrollo que privilegiaron las dimensiones local-territorial, ecológica, humana y cultural, y criticaron las versiones hegemónicas y homogenizadoras del desarrollo en los dichos y en los hechos.

Estas “otras” culturas del desarrollo, que durante años fueron concebidas como obstáculos al desarrollo, nos conducen a una definición amplia de lo cultural como la forma *dinámica* de ser de una sociedad (sus visiones del pasado, el presente y el futuro de la sociedad; sus sentidos comunes sobre el tiempo, la naturaleza, la trascendencia, y las formas de convivencia entre los géneros; sus modelos éticos y de conocimiento; la cuestión de la identidad nacional y la diversidad cultural; etc.).

Como plantea *Néstor García Canclini* (1987:25), esta redefinición más actual del concepto de cultura ha facilitado su reubicación en el campo político. Al dejar de designar únicamente el rincón de los libros y las bellas artes, al concebir la cultura —en un sentido más próximo a la acepción antropológica reciente— como *el conjunto de procesos donde se elabora la significación de las estructuras sociales, se las reproduce y transforma mediante operaciones simbólicas*, es posible verla como parte de la socialización de las clases y los grupos en la formación de concepciones políticas y en el estilo que cada sociedad adopta en diferentes líneas de desarrollo.

La construcción social de las relaciones entre los géneros, la división sexual genérica del trabajo y las desigualdades y discriminaciones de género con base en esta división, las concepciones de salud-enfermedad-atención, las limitaciones y sesgos del modelo de



atención biomédica de la salud, las tensiones entre el mundo cultural rural y la visión extensionista de la cooperación al desarrollo, entre otros temas de agenda posibles, aluden a aspectos culturales hoy considerados claves para el éxito o el fracaso de las políticas de desarrollo.

La función de la cultura en problemáticas tan diversas (en la campesina, la urbana, en la migratoria y ecológica, en la formación de la memoria nacional y el consenso político) ha extendido enormemente su visibilidad social y ha puesto en evidencia la necesidad de desarrollarla con políticas orgánicas. De acuerdo con *García Canclini*, estas políticas son “intervenciones realizadas por el Estado, las instituciones civiles y los grupos comunitarios organizados con el fin de orientar el desarrollo simbólico, satisfacer las necesidades culturales de la población y obtener consenso para un tipo de orden o de transformación social” (1987: 26).

Pero este fenómeno sólo es concebible, como ya señalamos en la introducción, en el marco de la sociedad del conocimiento, de la expansión de la información, del fortalecimiento de las industrias culturales globales con una infraestructura de producción y de consumo inimaginables en el pasado. En una sociedad en la que, en materia de política, es cada vez más importante ser visto, oído y reconocido públicamente, antes que representado. Lo cual tiene una relación directa con la aparición y las demandas de aquellos importantes movimientos socio – culturales (feministas, ecologistas, indigenistas, etc.) que mencionamos al inicio de esta sección.

Por supuesto que ello va a hacer que la cultura vaya cobrando también otro significado y peso en la agenda, el discurso y los lineamientos para la acción de organizaciones e instituciones influyentes en la definición de las políticas estatales (como el Banco Mundial hablando de capital social en los años 90), quienes esperan que el ‘sector cultural’ contribuya a la generación de riquezas y empleo, al “empoderamiento” de la ciudadanía, a la cohesión social y a la compensación o reparación de desigualdades socio-económicas.

Este fenómeno sólo se explica en sociedades como las nuestras, en las que la cultura se coloca en una relación con la producción y la política completamente diferente: la capacidad de procesar símbolos hoy es elemento directivo de la producción y las luchas políticas son cada vez más una disputa por el modelo cultural de sociedad; es decir, por modelos de vida individual y colectivo, por modelos de modernidad (Garretón: 2003: 20 y ss.)

En este marco, son cada vez más las organizaciones que más allá de sus temas específicos de interés hacen *política cultural*, entendida como actividades e iniciativas (desde el Estado u otros actores, como sindicatos, OSCs, empresas, etc.) cuyo objetivo es satisfacer necesidades culturales, desarrollar el ámbito expresivo simbólico y generar perspectivas compartidas de vida.

Incluso autores como *George Yúdice* (2002) advierten sobre la actual instrumentalización económica y política de la cultura. Siguiendo su planteo, el concepto de la *cultura como recurso* absorbe y anula las distinciones, prevalecientes hasta ahora, entre la definición de ‘alta cultura’, la definición antropológica y la definición masiva de cultura. La ‘alta cultura’ se torna un recurso para el desarrollo urbano en el museo contemporáneo. Los rituales, las prácticas estéticas cotidianas (tales como canciones, cuentos populares, cocina, costumbres y

otros símbolos) son movilizados también como recursos en el turismo y promoción de industrias que explotan el patrimonio cultural.

Cuando la Unión Europea, el BM, el BID y las principales fundaciones internacionales, comenzaron a percibir que la cultura constituía una esfera crucial para la inversión, se la trató cada vez más como cualquier otro recurso. La noción de cultura como recurso implica su gestión, un enfoque que no era característico ni de la alta cultura ni de la cultura cotidiana, entendida en un sentido antropológico.

Para Yúdice (2002) el hecho de recurrir al concepto de *capital cultural* es parte de la historia del reconocimiento de los fallos en la inversión destinada al capital físico en la década de 1960, al capital humano en la década de 1980 y al capital social en la de 1990. Cada nuevo concepto de capital se concibió como una manera de mejorar algunos de los fracasos del desarrollo según el marco anterior.

En esta historia de fracasos nos interesa retomar la noción de capital social, pues se encuentra muy vinculado a la de capital cultural. Según Rosa María Alfaro, autores como Pierre Bourdieu, Robert Putman, James Coleman y Keneth Newton gestaron y enriquecieron este concepto en los años 90. En líneas generales, se entiende por *capital social* a la capacidad de una sociedad de producir concertaciones, generar redes, impulsar el trabajo voluntario, valores éticos orientados a la solidaridad, la cooperación y la equidad. Aunque otros autores lo circunscriben a ‘valores y conductas cívicas de solidaridad’, lo que implica un reconocimiento del peso del mundo subjetivo en la construcción del desarrollo (ALFARO MORENO, 2006: 47 y ss.).

#### **4. Medio siglo de Comunicación para el Desarrollo en nuestro continente**

En este punto nos proponemos avanzar en el análisis retrospectivo de la “Comunicación para el Desarrollo” en el continente Latinoamericano, caracterizando los abordajes teóricos y aplicaciones prácticas más relevantes y procurando identificar los cambios que fue experimentando el campo específico.

Estos cambios han sido organizados en torno a algunos interrogantes “clave” para su comprensión: los modos de analizar y comprender la comunicación y su expresión en aplicaciones prácticas; los medios masivos de comunicación y su rol en los procesos de desarrollo; los actores ausentes y presentes en los relatos del desarrollo; el espacio público y el aporte de la comunicación para su construcción.

##### **4.1. La difusión de innovaciones: la cultura como obstáculo**

La comunicación y los estudios de medios se tornaron estratégicos para el desarrollo con posterioridad a la segunda guerra mundial. Los estudios de opinión pública, los análisis de audiencias, las investigaciones sobre el impacto de la publicidad y la propaganda, y todo conocimiento referido a los cambios de actitud y comportamiento que podían generar los medios de comunicación, se constituyeron en la base conceptual para el surgimiento de este campo (WHITE, 1992).

Según *Gustavo Aprea y Roxana Cabello* (2004: 63), la renovación académica acontecida en el contexto de los proyectos desarrollistas de los años 50 y 60, influyó decisivamente en la delimitación inicial del campo, al favorecer la realización de los primeros estudios y la creación de las primeras instituciones académicas específicas.

Durante el *desarrollismo* la comunicación fue concebida básicamente como difusión de información a partir de un diagnóstico de tipo funcional<sup>4</sup>, en el marco de un proyecto modernizador. La teoría de la modernización, que identificaba como causas subyacentes del subdesarrollo el déficit cultural y de información, tuvo una influencia importantísima y por ello, resulta central para comprender el enfoque que predominó en las primeras elaboraciones e intervenciones que desde la comunicación se concibieron como aportes al desarrollo.

Según *Robert White*, la “Comunicación para el desarrollo” fue concebida en sus inicios como un “proceso de incorporación de los países en vías de desarrollo dentro del sistema comunicativo mundial para la difusión de la tecnología industrial, las instituciones sociales modernas y el modelo de sociedad de libre mercado”(1992: 42).

De acuerdo a la perspectiva del *difusionismo*, las “personalidades tradicionales” (caracterizadas por el autoritarismo, la baja autoestima y la resistencia a la innovación, en tanto valores y actitudes tradicionales y antidesarrollistas), explicarían, al menos en parte, el subdesarrollo.

Bajo la premisa central de que los obstáculos para el desarrollo estaban asociados a la insuficiente información y el atraso cultural de las sociedades, se entendió que las intervenciones en comunicación debían proveer la información básica que las personas precisaban para cambiar de comportamiento. Estas intervenciones, tendientes a la transformación de las culturas tradicionales y a la difusión de información, debían combinarse con la asistencia a las economías en crisis.

Por ello, “inculcar valores e información modernos a través de la transferencia de tecnología de información y comunicación y la adopción de innovaciones tecnológicas y pautas culturales originarias del mundo desarrollado occidental” (WAISBORD, s/f: 3), fueron los principales objetivos de la comunicación ligada al desarrollo, en este momento histórico.

Así, la estrategia primordial de acción se concentró fundamentalmente en los *medios de comunicación* y en la formación de agentes que planificaban y mediaban los nuevos formatos y contenidos de estos modernos medios, para la integración de la población y la creación de un mercado de consumo. La exposición a los medios de comunicación masivos, junto a la

---

<sup>4</sup> En la que la sociedad es una totalidad integrada por elementos que interactúan, se interrelacionan y son interdependientes. Cada cual hace su parte y todos aportan a un equilibrio dinámico que requiere en todo momento de ajustes y reajustes. La tendencia del sistema es integración y absorción de las disfunciones o desvíos. Por lo tanto el progreso y el cambio, el desarrollo, son productos de la adaptación. En lo que respecta a los medios de comunicación, estos confieren estatus y legitiman normas y valores de transmisión cultural y de entretenimiento. Los medios de comunicación son rescatados básicamente en relación a su capacidad para distribuir noticias esenciales para el desarrollo, favorecer los contactos culturales y el desarrollo cultural, procesos todos a través de los cuales se garantiza una mayor integración y cohesión social, ampliando la base de normas comunes, experiencias, etc.-

alfabetización y la urbanización, era considerados factores capaces de propiciar actitudes y comportamientos modernos.

Los medios de comunicación eran a la vez, canales e indicadores de la modernización medida en términos de penetración. El número de aparatos de televisión y radio, y el consumo de periódicos fueron tomados como indicadores de actitudes modernas (WAISBORD, s/f: 8).

El hecho de que la tecnología de transmisión de comunicación fuera concebida como la base universal para la constitución de la esfera pública es lo que explica que el aporte de la comunicación a su fortalecimiento enfatizara en los niveles de entrenamiento y conexión/conectividad entre los ciudadanos. La *esfera pública* desde esta concepción, se constituirá básicamente mediante la expansión de la infraestructura física de la moderna tecnología y de las modernas organizaciones burocráticas de extensión del Estado.

Esta primera idea de esfera pública se vio complejizada luego, por la influencia de la tradición del liberalismo económico que argumentó que el libre mercado constituía en sí un área pública desinteresada.

Pero en cualquier caso, lo que nos interesa destacar es que, en este primer momento -en el que las estructuras de mediación social privilegiadas fueron el sistema de medios y el mercado-, las identificaciones nacionales, étnicas, religiosas y de clase fueron eliminadas. Al definirse la historia como un progreso evolutivo universal, mundial y determinista, se instauró un único lenguaje del progreso económico, social, político y cultural (WHITE, 1992: 43).

A mediados de los años setenta muchos referentes de las teorías modernizantes /difusionistas consideraron necesaria una revisión del sesgo individual y psicológico que predominó en los planteos iniciales. Un sesgo que requería ser complementado con una mayor atención a los contextos sociales y culturales específicos de las poblaciones en los que la comunicación ocurría; además de prestar mayor atención a los niveles de satisfacción y a la dimensión cognitiva de la acción (y no sólo actitudinal y conductual).

Esa revisión permitió que se fueran perfeccionando al menos *tres modelos de planeación para el cambio conductual o cambio de comportamiento* que dominarán la perspectiva anglosajona, más precisamente angloamericana. Estos enfoques tendrán una influencia directa relativamente escasa en América Latina, pero una poderosísima incidencia en las agendas y modelos de intervención de actores como el BM, el BID, el organismo de Naciones Unidas para la Infancia (UNICEF), la Organización Mundial de la Salud (OMS) y la Organización Panamericana de la Salud (OPS), entre otros, los que a su vez, influyen en las políticas de los países en desarrollo.

El modelo *Precede/Procede*, diseñado por Lawrence Green y Marshall Kreuter para la planeación en Educación en salud y para los programas de Promoción de la salud. La *Teoría de Acción Razonada*, de Fishbein y Azjen, que destaca el rol de los grupos de referencia y de pertenencia y la *Teoría del Aprendizaje Social* de Albert Bandura, mejor conocida como Social Learning Theory o Teoría Cognitivo Social, que reflexionó sobre la importancia de comunicar los incentivos o beneficios del cambio conductual (y no sólo los perjuicios) y las

intervenciones para el desarrollo, para influir sobre la confianza de las personas a la hora de plantearse cierto comportamiento.

Asimismo, los escasos resultados del *desarrollismo comunicacional* coincidieron con el auge de las estrategias de mercadeo comercial y político, y su introducción en el área educativa<sup>5</sup>. A partir de los años 70, el *marketing social* y las teorías conductuales van a retroalimentarse y seguir desarrollándose en EEUU, aunque en A. Latina, en palabras de *Carlos Eduardo Cortés*, van a aparecer poco o si aparecen, lo harán “de una manera degradada, en la que la fase de la campaña de medios se autonomiza e instrumentaliza como un síntoma que advertía la presencia inmutable del exceso de fe en los medios, desde una concepción de planeamiento normativo” (2009: 14).

El gran aporte del marketing social al campo de la comunicación para el desarrollo consistió en la utilización de las técnicas de mercadeo para la segmentación e investigación de las audiencias. El marketing social y los tres modelos de planeación para el cambio conductual antes mencionados, fueron desarrollando una mirada más compleja del cambio de comportamiento, en la que los entornos, los contextos socioeconómicos, los factores ambientales y las políticas públicas, empezaron a adquirir mayor relevancia. En este marco, se fundamentaron en el campo de la salud, por ejemplo, una amplia cantidad de actividades tales como la educación de los pares, la capacitación de los trabajadores de salud y la movilización comunitaria.

Paralelamente y como consecuencia de las intervenciones anteriormente aludidas, un grupo bastante heterogéneo de investigadores latinoamericanos comenzó a preocuparse por las consecuencias sociales de la aplicación de estos modelos. Paulo freire, Joao Bosco Pinto, Antonio Pasqualli, Juan Díaz Bordenave, Luis Ramiro Beltrán y Mario Kaplún, entre otros, comenzaron a cuestionar los presupuestos con los que ellos mismos habían empezado a trabajar en los años 50. Así, dieron origen a dos corrientes de investigación y diseño de iniciativas: una, de corte macro social, vinculada a la regulación de los medios en el contexto de un mundo visto como desigual e injusto, conocida como *Políticas Nacionales de Comunicación* (PNC) y otra, de carácter micro social, a la que aquí referiremos como *Comunicación Popular*.

#### **4.2. Las Políticas Nacionales de Comunicación (PNC). La denuncia del imperialismo cultural.**

Cuando el desarrollismo clásico entró en crisis a fines de los 60, aunque persistía la visión instrumental de los medios y la idea de que la comunicación era sinónimo de transmisión de información, comenzó a cuestionarse el flujo unidireccional, vertical y descendente proveniente de los países noratlánticos que, según este planteo, habría sido determinante de una relación de dependencia de los países “subdesarrollados” y de una división internacional del trabajo en beneficio de las naciones industrializadas.

---

<sup>5</sup> En el clásico artículo "Broadening the concept of Marketing", publicado en el Journal of Marketing en enero de 1969, *Philip Kotler* y *Sydney J. Levy* exponen cómo todas las funciones del marketing pueden ser aplicadas a la gestión y los propósitos de organizaciones diferentes de la empresa, tales como la Iglesia Católica, un departamento de policía, el Banco Mundial, los sindicatos, las Universidades o los museos, etc.

De este modo empieza a denunciarse el marcado desequilibrio prevaleciente en la posesión y manejo de los recursos de información (disponibilidad y acceso a medios y tecnologías de información y comunicación, el número, la escala y el alcance de agencias, empresas publicitarias y servicios propagandísticos) que favorecía a los países avanzados en desmedro de los más rezagados. De acuerdo a esta postura, los contenidos de aquella información desdibujaban las realidades y debilitaban las identidades de los países en desarrollo y profundizaban la dependencia económica.

La denuncia será, en esta coyuntura, la acción política por excelencia que favorecerá el desarrollo de nuevas prácticas comunicacionales, vinculadas tanto con los debates sobre la regulación del sistema de medios internacional como con las experiencias de la denominada comunicación popular/ alternativa.

Las *Políticas Nacionales de Comunicación* (PNC) y los debates en torno a la democratización de la información y la comunicación no pueden entenderse sino como parte de la reivindicación política planteada en torno al NOII (*Nuevo Orden Informativo Internacional*) y al NOMIC (*Nuevo Orden Mundial de la Información y de la Comunicación*). Es decir, “se introduce a partir de su legitimación en el marco político del debate por el desarrollo y la inequidad de la distribución de la riqueza en el mundo, por una parte, y por el avance del pensamiento crítico de los comunicadores latinoamericanos, por otro” (URANGA y BRUNO, 2001: 7).

Si bien esta lucha contra el desequilibrio tiene sus antecedentes en los reclamos de los países no alineados en el año 1973 -con su reivindicación de un Nuevo Orden Económico Mundial-, es en 1976 cuando la UNESCO recibe el mandato de apoyar el NOII y patrocina en Costa Rica la “Primera Conferencia Intergubernamental” sobre PNC con una fuerte oposición de la Sociedad Interamericana de Prensa (SIP). Luego se constituirá la Comisión que elaborará lo que conocemos como el *Informe MacBride*<sup>6</sup>, presentado en la Conferencia Mundial de la UNESCO en 1980.

La discusión en torno a las PNC se vio favorecida por el nuevo impulso que experimentó la mencionada *Teoría de la Dependencia* desde fines de los años sesenta, cuando se empieza a discutir la responsabilidad (o complicidad) de las élites latinoamericanas por el atraso de éstos países. Esta teoría reconocía la existencia de un factor interno y otro externo coparticipando en la situación de subdesarrollo de los países del sur. Como consecuencia, la solución para acabar con el “imperialismo cultural” dependía del Estado, quien debía tomar el control total de las Políticas Nacionales de Comunicación.

América Latina tiene una pionera y contradictoria historia en materia de regulación de medios y democratización e integración comunicativas. Esto se debe fundamentalmente a que estas ideas se dieron en los años 70 y 80, cuando los gobiernos dictatoriales dominaban más de la mitad de la región.

---

<sup>6</sup> El Informe MacBride, también conocido como "Voces Múltiples, Un Solo Mundo", es un documento redactado por una Comisión que fue presidida por el irlandés [Sean MacBride](#), ganador del [premio Nobel](#) de la Paz. El propósito del escrito fue analizar los problemas de la comunicación en el mundo y las sociedades modernas, particularmente con relación a la [comunicación de masas](#) y a la [prensa](#) internacional. Y en consecuencia con ello, aportar sugerencias para la construcción de un [nuevo orden comunicacional](#) capaz de resolver estos desequilibrios y promover la paz y el desarrollo.

Según *Jesús Martín Barbero*, las contradicciones fundamentales de este proceso en el continente tuvieron que ver con la tensión inevitable entre el proyecto de articular la libertad de expresión al fortalecimiento de la esfera pública y la defensa de los derechos ciudadanos, y la realidad de un sistema de medios controlado casi por completo por intereses privados. A lo que se sumó otra cuestión fundamental: la equiparación de lo público con lo estatal (2002: 271).

En líneas generales, en este momento histórico los líderes nacionales entendieron que las PNC favorecían sus objetivos de autonomía. En otras palabras, los objetivos de independencia política y económica eran posibles si también se garantizaba la independencia cultural. De ahí que las discusiones en torno a la cultura popular foránea y el imperialismo cultural empezaran a multiplicarse, así como la discusión en torno al valor de la información para la toma de decisiones políticas vitales en el desarrollo de un proyecto nacional (WHITE, 1992: 46).

Claro que estamos hablando de experiencias muy distintas y hasta enfrentadas. La realidad cubana fue muy diferente a la venezolana, por obvias razones teórico-políticas. Pero tanto el Estado Comunista Cubano como la Social Democracia de la Venezuela de Carlos Andrés Pérez pusieron en práctica sus propias políticas de comunicación. En estos casos y en otros, la intervención en comunicación tuvo un desarrollo estrictamente vinculado a lo político y otro más ligado a la utilización de las tecnologías en función de objetivos económicos-sociales, educativos y de desarrollo rural.

Desde esta mirada, como ya dijimos, los problemas de desarrollo del Tercer Mundo respondían fundamentalmente a una distribución desigual de los recursos para el desarrollo. Una desigualdad creada por los modos de expansión global del capitalismo occidental. Contrariamente a lo que sostenía la perspectiva hegemónica del desarrollismo, el subdesarrollo no se debía a factores endógenos (cultura tradicional, atraso tecnológico, ausencia de información), sino a factores exógenos asociados al modo en que las colonias fueron integradas en la economía mundial. Por lo tanto, el problema no era informacional sino político. La concentración del poder económico y político fue identificada como la explicación del subdesarrollado y la dependencia.

En correspondencia con este razonamiento, las personas sólo adoptarán nuevas actitudes y comportamientos una vez que tuvieran condiciones y oportunidades adecuadas para hacerlo. Por ello es que las intervenciones desde la comunicación no apuntarán al cambio de actitudes y comportamientos individuales, sino a crear conciencia en torno al carácter dependiente del desarrollo y a concebir a los medios de comunicación como estructuras económicas al servicio de ciertos intereses hegemónicos.

En lo que respecta a la problematización de *la comunicación como derecho* también se pueden evidenciar cambios, pues ya no se tratará de garantizar el libre flujo de información (como fuera planteado en la versión liberal de la libre circulación de bienes en el mercado), sino que se hablará del *derecho al libre acceso a la producción de información y la defensa de la identidad cultural*. Este diferente punto de partida justificará, en parte, la necesidad de que los gobiernos controlen las estructuras mediáticas, oponiéndose a las elites domésticas y foráneas con intereses comerciales en ellas.

Así, el Estado como estructura organizacional será planteado como la institución encargada de desarrollar un sentido de identidad nacional y el “auténtico y legítimo representante de los ideales de autonomía” (WHITE, 1992). La planificación sistemática y centralizada se constituyó en su recurso fundamental para llevar este objetivo a cabo.

Es en este momento que el debate en torno al desarrollo se desplaza de lo estrictamente económico a lo social y político, e incorpora lo cultural; lo cual redunda en una serie de debates no sólo en torno a la soberanía nacional, sino también a la democratización interna del sistema de medios y la necesidad de garantizar una mayor participación popular en él.

Esto último, dirá *Robert White* (1992: 47 y ss.), no “encajó” con la concepción de planificación centralizada vigente en aquel momento y generó un debate sobre si era posible que el consenso cultural pudiera ser creado por poderosos medios de comunicación que no sólo no educaban, sino que alienaban al pueblo.

### **4.3. La Comunicación Popular**

Aunque las experiencias de comunicación popular tienen su apogeo en la década de 1970, sus orígenes datan de mediados del siglo pasado. En esta línea de trabajo América Latina tuvo y tiene una rica trayectoria, tanto por sus valiosas experiencias así como por las reflexiones teóricas que éstas posibilitaron.

En busca de otro desarrollo para América Latina, la “Comunicación Popular” ó “Comunicación Alternativa” tomó fuerza con los aportes del educador brasileiro Paulo Freire. Con la idea de construir una *comunicación horizontal y participativa*, se partió de una perspectiva dialógica cuya tarea principal fue *dar voz a los sin voz*. Las prácticas apuntaron a democratizar la información y así crear nuevas formas de participación social.

La crítica al modo de vida urbano y racionalizado que, con valor normativo, se “bajaba” desde el Estado, sentará las bases para el surgimiento de una comunicación alternativa, popular, horizontal y grupal entre los más pobres de las zonas rurales y urbanas.

Aquellos símbolos y matrices culturales que hasta entonces habían sido estigmas de status de las minorías étnicas raciales y que explicaban el desprecio hacia la historia oral y la narrativa de las clases bajas, se convirtieron en auténticas banderas que reivindicaron positivamente todo lo asociado con la vida de los pobres (WHITE, 1992: 48 y ss.). Los estigmas devinieron en símbolos de una identidad popular que fue planteada como fuente de energía y esencia de la auténtica cultura nacional, y epicentro a partir del cual debía organizarse la esfera pública.

Hasta entonces, los relatos del desarrollo se habían manejado con una definición marginal y paternalista del campesinado, los aborígenes y los pobres urbanos o sectores populares. Para la comunicación popular, por el contrario, estos pueblos que habían sido primero definidos como atrasados (desde el difusionismo) y luego como alienados (desde la teoría crítica), eran capaces no sólo de resistir activamente a la modernización, sino además, de articular un concepto alternativo de desarrollo y consolidar la base de una organización política propia.



Disidentes sociales, científicos y educadores expulsados de las oficinas y universidades en las que se congregaban las élites técnicas y políticas, aportarán su conocimiento a la constitución de una organización política de oposición que “dramatizará la concepción participativa de la esfera pública” (WHITE, 1992: 11).

En lo que respecta a sus modos privilegiados de intervención, la comunicación popular y alternativa hará un uso sistemático de canales y técnicas para incrementar la participación de las comunidades. Ello bajo el supuesto de que la comunicación no es persuasión, sino un proceso mediante el cual se crean y se estimulan el diálogo, la discusión, la toma de conciencia sobre la propia realidad, la recuperación de la identidad cultural, la confianza, el consenso y el compromiso entre las personas.

La comunicación, desde esta perspectiva, estará al servicio de una experiencia educativa de descubrimiento creativo del mundo centrado en el ser humano. Los miembros de la comunidad -y no los profesionales-, serán los encargados de promover estos procesos de participación y pensamiento crítico, y no necesariamente de modernización y progreso tecnológico.

A su vez, los medios de comunicación serán tomados en cuenta para generar estrategias de recepción en pequeños grupos, con el objetivo de desarrollar actitudes críticas sobre su forma y contenido, propiciar el debate sobre ciertos temas, abrir espacios a otras voces y poner en común puntos de vista. Todo lo anterior como paso necesario para la organización comunitaria.

En este marco, la esfera pública se encuentra íntimamente asociada al proyecto de una vasta red de organización popular y comunicación, lo que además supone una estructuración radicalmente diferente de la sociedad y una significativa redistribución del poder.

Los aportes de la comunicación popular y alternativa fueron variados y valiosos. Según *Rosa María Alfaro*, se vincularon fundamentalmente con el énfasis en una noción de *la comunicación como cuestión de sujetos en relación* (1999a: 2). Frente a comprensiones más estructurales de la sociedad, dirá la autora, esta perspectiva humanizó y politizó la comunicación, y reivindicó los aspectos recreativos del quehacer comunicacional y el valor del contacto entre la gente.

Otro de sus aportes fundamentales fue la apuesta a la promoción de una sociedad democrática y dialogante entre pares, en una época donde aún no se valoraba la democracia como valor político societal, porque sólo se la apreciaba como un sistema incompleto y poco satisfactorio. Lo cual, siguiendo con la reflexión propuesta por *Alfaro*, “significó una valoración de los sujetos populares en sus capacidades para comunicar (...) un pueblo que a la vez es emisor y receptor, en tanto ejercicio democrático alternativo” (1999a: 5).

En cuanto a sus desaciertos, muchas de las revisiones críticas, aún las más comprometidas con esta mirada, coinciden en señalar que la propuesta de la comunicación popular (y alternativa) no previó la posibilidad de una integración crítica. Es decir, frente a una sociedad considerada injusta y autoritaria, se conquistaron espacios nuevos sin que esto necesariamente impactara en el conjunto de la sociedad.

Otra “omisión” tuvo que ver con los cambios culturales, especialmente aquellos vinculados con la cultura política de las clases populares. Según *Alfaro*, la comunicación popular no advirtió “los diversos procesos de integración (de los sectores populares) al sistema imperante, incluyendo el comunicativo; menos aún los cambios valóricos reales e imaginarios que dibujaban otros modelos de sociedad no consecuentes con los de la comunicación y la educación popular. La propia vida cotidiana y los sentidos comunes en constante producción y reproducción llevaban a otros sentidos, también coherentes con las propuestas hegemónicas del poder” (1999a:5).

Asimismo, muchos replanteos indican que el énfasis puesto en la lucha colectiva significó, en la práctica, una renuncia a la deliberación personal, a la legitimación del bien propio y al entretenimiento en sí. Retomando nuevamente a *Alfaro*, “quienes buscaron otra propuesta valórica no supieron estudiar los cambios que estaban ocurriendo en los sentidos comunitarios, en las definiciones pragmáticas de las organizaciones populares, tan formales y a veces coercitivas, menos aún tuvieron la capacidad de pensar otra idea práctica y axiológica de comunidad moderna (...) Tampoco se llegó a formular un manejo estético alternativo donde el sólo encuentro del entretenimiento sea en sí profundamente liberador” (1999a: 6 y ss.).

Pero aún tomando en cuenta estas revisiones críticas, nos animamos a decir que la comunicación popular significó para el campo un gran impulso ético y de responsabilidad con los más desposeídos, en diálogo participativo con ellos para su liberación educativa.

#### ***4.4. ¿La década perdida?***

Si como señala *Jesús Martín Barbero*, en los años 70 el sujeto social era uno – el pueblo, la clase social, la Nación – y democratizar la comunicación consistía en ponerla a su servicio (2002: 299), en los años 80 la heterogeneidad de lo social, en el marco de la recomposición neoconservadora a escala planetaria, va a empezar a permear las propuestas de comunicación desestatizándolas, diversificándolas y también desconcertándolas.

En parte por la crisis de los paradigmas dominantes en el desarrollo de las Ciencias Sociales, pero también por la crisis que significaron las derrotas políticas y el desconcierto que generarán las nuevas formas que van a asumir los movimientos sociales, la década de los 80 será, para el trabajo académico e investigativo en comunicación, una década perdida

Sin embargo, en otros aspectos o campos fue una década de transformaciones. Ya nos hemos referido al protagonismo de los movimientos sociales en la crítica a la concepción hegemónica del desarrollo. Pero además esta fue la década de la revolución electrónica en la que la empresa IBM introdujo al [mercado](#) el [computador personal](#) (PC), y en la que casi todo artefacto empezó a convertirse en electrónico. A mediados de esa década se empezó a hablar de realidades virtuales. En Argentina logramos recuperar la democracia, nada menos.

En lo académico, como dirá *Barbero*, se verificaron meritorios intentos de “avanzar a tientas, sin mapa o con sólo un mapa nocturno, un mapa para el reconocimiento de la situación desde las mediaciones y los sujetos”(1987: 11) y no sólo desde los medios. En aquellos años surgieron los encuentros impulsados desde la CIESPAL (1982 a 1987) y la continuidad de esas iniciativas en el marco del *Proyecto Radio Nederland Training Centre* en San José de

Costa Rica (1988 a 1995), bajo la dirección de Daniel Prieto Castillo. Iniciativas que se constituyeron en la base para un diagnóstico de situación sobre los estudios de comunicación institucional en la región.

Una vez superada la supuesta omnipotencia mediática y reemplazada la idea de “sujeto” determinado por la clase social, por la de “posiciones de sujeto” variadas y muchas veces contradictorias, *los procesos de comunicación empezaron a ser concebidos como fenómenos de negociación en términos de construcción de hegemonía*. En otras palabras, instancias en/con las que el individuo negocia permanentemente la propia construcción de la identidad, así como vías alternativas para la intelección de las relaciones entre el plano de lo objetivamente instituido y el plano de lo imaginario.

El debate sobre los usos y gratificaciones que en la comunicación masiva encuentran los sujetos, los grupos y las comunidades empieza a cobrar fuerza en un clima intelectual que empieza a plantear que “la hegemonía no domina desde el exterior sino que nos penetra” y “los sistemas de poder están menos impuestos por la cima que irrigados por la base” (MATA, 1995: 96-97).

### **5. Facilitar la conversación pública.**

En los años noventa, las temáticas asociadas a la ‘globalización’ y a las tecnologías digitales por un lado y, por otro, las asociadas a las ‘identidades’ micro sociales, exigieron la ruptura (o provocaron el ‘desvanecimiento’) de casi todos los supuestos teórico-metodológicos, epistemológicos y, sobre todo ideológicos, que habían sostenido la investigación de la comunicación en las décadas previas.

En América Latina pareció perderse la profundidad ideológica y el poder de las creencias que orientaban las búsquedas del ‘sentido’ de la comunicación. Sin embargo, algunos autores comenzaron a advertir sobre los riesgos de disolución de lo político y su reemplazo por una estética de lo popular que ya no se preguntaba si los medios hacían avanzar o retroceder las luchas populares, sino cuál era la clave de su éxito entre los más pobres (MATA, 1995: 97 y ss.).

A la par que la ritualización y espectacularización de la política se constituían en objeto de interés de las investigaciones en el campo, aparecieron las preocupaciones por las conexiones entre este malestar en la cultura y los procesos de representación y participación popular.

De este modo, empezaron a posicionarse conceptualizaciones que articularon *ciudadanía y comunicación*. Al preguntarse por la construcción del poder, las mismas buscaron reconocer los modos en que se presentan los procesos hegemónicos hoy y cómo se construyen los sujetos políticos en nuestras sociedades.

Siguiendo el planteo de *Jesús Martín Barbero* (1987: 220 y ss.), puede decirse que los estudios generados dentro del campo de la comunicación en ese momento, tuvieron el mérito de cuestionar la creación de *una* única teoría (sociológica, semiótica, informacional); estableciendo que para construir su objeto de estudio resultaba imprescindible recurrir a una “convergencia disciplinar”. Este objeto era, por lo tanto, “fruto del encuentro de miradas y

preocupaciones que se negaban a escindir la cultura y la política para entender nuestras realidades” (MATA, 2006: 7).

Asimismo, para los movimientos sociales *la organización de la necesidad* pasó a ser el eje central de las estrategias de acumulación política desde principios de los ’90. Asistimos a *la politización de la cotidianeidad*. En un contexto internacional dominado por la impronta del “Consenso de Washington” (disciplina fiscal, reordenamiento de las prioridades del gasto público, liberalización, privatización, desregulación), se producen fenómenos complejos que modifican las lógicas de construcción colectiva en el espacio público, tales como: la desmasificación de la política, la crisis teórica e identitaria de las tradiciones políticas, la irrupción de la video-política de la mano de la supremacía de la imagen que instalaron los medios masivos, entre otros.

Sin dejar de lado la problematización de los medios de comunicación, reaparecen con fuerza –en un contexto latinoamericano democrático pero nunca antes tan desigual- las preocupaciones sobre la animación de las redes sociales y de los procesos organizativos del campo popular, como condiciones necesarias para la deliberación ciudadana y la demanda colectiva de políticas públicas significativas.

Lo anterior coloca en el centro de la agenda la necesidad de generar *símbolos culturales comunes* que susciten reconocimientos, acercamientos, diálogos y consensos en torno a un proyecto que, a la vez que colectivo, sea reconocido por todos los sujetos como propio.

Esta nueva mirada remite al pensamiento de *Nancy Fraser* (1997) al plantear que la ciudadanía de hoy tiene como característica principal la necesidad de “reconocimiento recíproco”. Esto es, el derecho a informar y ser informado, a hablar y ser escuchado, imprescindible para poder participar en las decisiones que conciernen a la colectividad.

Como consecuencia, “la práctica ciudadana nombra no sólo el ejercicio de deberes y derechos de los individuos en relación con el Estado, sino un modo específico de aparición de los individuos en el espacio público caracterizado por su capacidad de constituirse en sujetos de demanda y proposición (...) esto permite pasar del individuo como sujeto privado y libre de acción, al individuo como forjador de proyectos” (MATA, 2006: 8).

Resulta significativo destacar aquí que, si bien el espacio público implica numerosos ámbitos y modalidades de organización, los medios de comunicación y las redes informáticas adquieren una importancia decisiva en la actualidad.

Según *Jesús Martín Barbero*, una de las formas más flagrantes de exclusión ciudadana en la actualidad, se sitúa justamente ahí, “en la desposesión del derecho a ser visto y oído, que equivale al de existir/contar socialmente, tanto en el terreno individual como el colectivo, tanto en el de las mayorías como en el de las minorías. Estamos hablando entonces de un nuevo modo de ejercer la política que demanda no sólo representación sino reconocimiento” (2001: 46-55).

Siguiendo la misma línea de pensamiento, *Fraser* concluye que “la lucha por el reconocimiento se está convirtiendo rápidamente en la forma paradigmática de conflicto político en los últimos años del siglo veinte. Las exigencias de “reconocimiento de la

diferencia” alimentan las luchas de grupos que se movilizan bajo las banderas de la nacionalidad, la etnia, la ‘raza’, el género y la sexualidad. En estos conflictos ‘postsocialistas’, la identidad de grupo sustituye a los intereses de clase como mecanismo principal de movilización política” (1997: 17).

En lo que respecta a la esfera pública, aparece aquí la idea ya no de una, sino de *múltiples esferas públicas* que surgen de espacios de confrontación, deliberación, concertación y gestión asociada, protagonizados por múltiples y diversos actores (los intelectuales, los comunicadores, los políticos, los artistas, los administradores públicos, los directivos y empresarios, los líderes de las organizaciones de la sociedad civil, entre otros), en los que resultan decisivas las *industrias culturales* que producen y distribuyen los bienes simbólicos que dan sentido colectivo a la sociedad actual además de erigirse como poderosos actores del capital económico concentrado.

Ante este planteo, lo que le toca a la comunicación se vincula fundamentalmente con la promoción del debate público, dentro de un modelo comunicacional que busca la creación y mantenimiento de redes de diálogo y producción simbólica que garanticen *una democracia culturalmente vivida*, es decir, *asumida como valor y práctica*.

Es muy común encontrar proyectos e iniciativas de desarrollo que contemplan de manera central -al menos en sus formulaciones- la dimensión cultural de las prácticas sociales (incluso en el reconocimiento de que esta variable es determinante para el éxito de la propuesta), pero en lo concreto siguen concibiendo a la cultura como algo alejado y contrario a lo que ocurre en los medios y en las relaciones sociales, donde pareciera que éstos son prácticamente espacios de deformación de la cultura “cultura”.

Como se ha argumentado en los apartados previos, las concepciones actuales del desarrollo tienen un punto común: el respeto, el reconocimiento y la recuperación de las múltiples culturas que determinan y sustentan las percepciones, acciones e interacciones de las comunidades en que se generan los procesos de transformación.

Ello implica también una preocupación por “empoderar” los distintos actores, individuales y colectivos, para que puedan ejercer sus derechos ciudadanos y participen de las decisiones que involucran y afectan tanto a las generaciones presentes como futuras.

En este contexto, hace su aparición en escena la noción de *ciudadanía comunicativa*, propuesta por *María Cristina Mata* y definida como “el reconocimiento de la capacidad de ser sujeto de derecho y demanda en el terreno de la comunicación pública, y el ejercicio de ese derecho” (2006: 13). Por lo tanto, el ejercicio de esta ciudadanía se suma al conjunto de derechos que hacen democrática una sociedad y debe vincularse no sólo con los aspectos jurídicos, sino con las condiciones económicas, políticas y culturales que determinan la posibilidad de ejercerla plenamente.

La misma autora argentina ha advertido que ‘*ser público*’ es una condición “que se funda en la aceptación de un rol genérico diseñado desde el mercado mediático, que abre sus escaparates para diversificadas elecciones y usos de sus productos, con arreglo a normas y competencias que él mismo provee y que se entrecruzan con las adquiridas por los sujetos en otros ámbitos de la vida social. Lo que marca el carácter construido del público es justamente

la adopción de ese rol que constituye un nuevo referente identitario (...) Los públicos pueden ser activos de muy diversas maneras al utilizar e interpretar los medios, pero sería ingenuamente optimista confundir su actividad con un poder efectivo” (MATA, 1995: 97).

Junto a la autora reconocemos la *condición de públicos que los ciudadanos tenemos en nuestras sociedades mediatizadas*, y nos preguntamos si es posible que quienes hemos construido nuestra identidad en tanto ‘públicos’, “seamos capaces de no delegar nuestros derechos a la libre expresión y a la información en tanto existe un mercado, es decir, un sistema de producción industrial, de distribución y consumo de los bienes comunicativos-culturales, que es hoy hegemónico como instancia de organización de los intercambios simbólicos” (MATA, 2006: 8).

Sabiendo que entre consumo y ciudadanía se gestan hoy articulaciones significativas, y que la democracia se relaciona mucho con los medios (porque mediante ellos se visibiliza el poder), aparecen una y otra vez en los debates, líneas de trabajo que hablan de: *la producción amplia y concertada de la agenda pública; la organización de un debate plural que garantice escucha y respeto y llegue a construir consensos, identificando disensos claves para el aprendizaje y el ejercicio democrático; la organización de relatos simbólicos recuperando la vida e historia cotidiana y los conflictos del ser ciudadano hoy; la animación de discusiones y producciones que alimenten las decisiones ciudadanas a tomar y abran otros espacios de participación; la demanda de calidad a los medios y la vigilancia ciudadana sobre ellos; y más recientemente la voz a los excluidos para su inclusión social* (ALFARO:2006 : 152).

Citando una vez más a la investigadora peruana *Rosa María Alfaro*: “formar una esfera pública multiforme y con muchos lugares y sin ellos, con nuestra memoria histórica hecha presente y futuro, es una tarea indispensable; pero es una ingenuidad pretender que se puede lograr sólo influyendo en los medios y colocando temas allí. Se trabaja a la par que se empodera al ciudadano, se forja sociedad civil (...), se produce otra forma de ejercer poder. Y para ello hacen falta diversos acuerdos y alianzas, experimentación evaluada, una opinión pública que busque el conocimiento del otro y mucha participación que se vaya cualificando. El interés común a construir requiere de una gran convocatoria, no sólo de otros medios, sino de otros espacios, otras fuerzas y energías que tampoco tienen lugar territorial, están en cada persona, su reflexividad y las múltiples relaciones que mantiene y que hoy se pierden en una tendencia individualizadora de la sociedad” (1999b).

Tarea nada sencilla, pues no sólo es política sino que significa una transformación de las narrativas y estéticas de comunicación, de manera que posibiliten una expresión y un diálogo plural y creativo. Ante este panorama, la función de los comunicadores hoy es la de promover, acompañar y sostener *un encuentro de la sociedad consigo misma y su futuro*.

## **6. Una democracia culturalmente vivida**

En la actualidad, todo parece indicar que estamos ante una ‘*repolitización de la comunicación*’ y al reposicionamiento estratégico de ésta en el campo más amplio de la cultura. La comunicación, desde la perspectiva cultural más reciente, es valorada por su *aporte al cambio social y a la construcción de la/s esfera/s pública/s*, como lo sugiere la siguiente frase de *Jerome Bruner*: “*Creo que la preocupación técnica central de la teoría del desarrollo será cómo crear en los jóvenes una valoración del hecho de que muchos mundos*

*son posibles, que el significado y la realidad son creados y no descubiertos, y que la negociación es el arte de construir nuevos significados con los cuales los individuos puedan regular las relaciones entre sí” (1988: 138).*

¿Cómo se transforma el *sensorium* que gravita sobre los procesos de constitución de los discursos y los géneros en los que se hace la comunicación colectiva? Este es, para *Jesús Martín Barbero*, el interrogante que recorta el nuevo mapa de problemas de la comunicación.

Porque la industria cultural y las comunicaciones masivas, dirá el autor, “son el nombre de los nuevos procesos de producción y circulación de la cultura que corresponden, no sólo a innovaciones tecnológicas, sino a unas formas de sensibilidad con su correlato decisivo en las nuevas formas de sociabilidad con que la gente enfrenta la heterogeneidad simbólica y la inabarcabilidad de la experiencia urbana” (2002: 217).

Si en un primer momento los teóricos de la *Comunicación para el Desarrollo* entendieron que la esfera pública se resolvía en la transmisión física y el entrenamiento técnico de la población, hoy esa discusión gira en torno a los valores que ésta encarna y a cuáles son las estructuras encargadas de esa mediación, que se ocupan de interpretar, traducir, negociar y dirimir conflictos.

Los primeros intentos de dar respuesta a ese interrogante se apoyaron en una tradición iluminista, de análisis racionalista e ingeniería social. Un modelo analítico que identificaba variables o factores del desarrollo y los traducía en una planificación con objetivos definidos. Nunca las élites políticas y técnicas juzgaron necesarias las consultas “al pueblo” a quien sólo correspondía educarlo y sumarlo a la gesta del desarrollo. Pero como señala *Robert White* (1992), la “gente” no vio en esa planificación la expresión auto evidente del discurso racional, sino una expresión de intereses particulares, muy dependiente de los ejecutivos, donde la potencia persuasiva de los medios de comunicación masiva aparecía sobredimensionada.

La posterior revisión crítica implicó dejar en suspenso el nivel macro, las teorías normativas del desarrollo y una atención mayor a los procesos de construcción de la esfera pública desde la vida cotidiana y la sociedad civil en clave cultural. Y aquí el debate central será cómo lo cultural puede ser clave de lectura de lo social, sin negar lo económico y lo político.

Nos interesa particularmente esta mirada, que entiende al análisis cultural como un intento de comprensión cabal de lo que implica la democratización de la comunicación y el desafío a la hegemonía política económica en la actualidad.

Según *Barbero*, hay que trabajar a partir de los procesos y prácticas culturales sin deshistorizarlos, ni despolitizarlos, asumiendo que “la lucha a través de las mediaciones culturales no da resultados inmediatos y espectaculares pero es la única garantía de que no pasemos del simulacro de la hegemonía, al simulacro de la democracia: evitar que una dominación derrotada resurja en los hábitos cómplices que la hegemonía instaló en nuestros modos de pensar y relacionarnos”(2002: 210).

Pero, *¿qué implicancias tiene para la comunicación el análisis de las sociedades en clave cultural?*

Fundamentalmente nos obliga a superar una visión instrumental de la comunicación (como vehículo de contenidos culturales o medios de propagación cultural) y entender “*lo que en la comunicación hay de creación y apropiación cultural en la que se juega de manera decisiva la suerte de lo público y la reconstrucción de la democracia*” (MARTÍN BARBERO, 2002: 212).

Nos preguntamos entonces, ¿Qué nuevo tipo de sociabilidades e instituciones de lo público debemos ayudar o de hecho estamos ayudando a construir? ¿Cómo construir una cultura democrática? ¿Cómo afianzar la democracia a partir de la vida concreta de las personas? ¿Cómo hacer para que cada uno de nosotros se sienta parte y responsable de la democracia que aspiramos vivir? ¿Cómo conectar las conductas cotidianas de las personas con los éxitos o fracasos democráticos? ¿Cómo esas nuevas sensibilidades y sentidos locales pueden vincularse significativamente con procesos educativos y políticos que vayan generando una institucionalidad alternativa de lo público (ya no equiparando lo público con lo estatal)?

Aquí, el aporte fundamental de los y las comunicadores/as al desarrollo y la democratización de nuestras sociedades, pasa fundamentalmente por un *trabajo en la propia trama cultural y comunicativa de las prácticas políticas, lo que nos exige poner especial atención a los ingredientes simbólicos e imaginarios presentes en los procesos de formación de poder.*

En síntesis, *la comunicación pensada desde la cultura se vuelve así “campo primordial de la batalla política”* (MARTÍN BARBERO 2002: 222), *y le exige a la política recuperar su dimensión simbólica, su capacidad de representar el vínculo entre las personas, su ligazón a un territorio y un proyecto colectivo.*

Buenos Aires, Agosto de 2010.-

---

### ***Bibliografía utilizada***

ALFARO, Rosa María; “Culturas Populares y Comunicación Participativa: en la Ruta de las Definiciones.” En: *Memorias Foro Internacional ¿Participación Social en los Medios Masivos? Canales Regionales y Sociedades Urbanas*. Gráficas Pardo. Universidad Minuto de Dios, Bogotá, 1999 (a).

ALFARO, Rosa María Alfaro; “Repensar la política y la comunicación: trances y apremios para construir ciudadanía”. En *Construyendo ciudadanía, equidad y paz*. WACC- ALC, Lima, 1999 (b).

ALFARO, Rosa María; *Otra brújula: innovaciones en comunicación y desarrollo*. Ed. Calandria, Perú, 2006.

APREA, Gustavo y CABELLO, Roxana; “Los procesos comunicativos en los proyectos de Desarrollo Humano. Un enfoque teórico-metodológico”. En APREA, Gustavo (comp.); *Problemas de comunicación y desarrollo*. UNGS-Prometeo, Buenos Aires, 2004.

ARMAS CASTAÑEDA, Segundo; *Imaginándonos el futuro. La comunicación como estrategia para el desarrollo*. ILLA Centro de Educación y Comunicación. Lima, 1995.

BRUNER, Jerome; “La teoría del desarrollo como cultura”. En: *Realidad mental y mundos posibles*. Ed. Gedisa, Barcelona, 1988.

CIMADEVILLA, Gustavo; “Tocarle la cola al león. Una lectura del desarrollo a través de sus condiciones de intervención”. En APREA y CABELLO (comps.); *Problemas de comunicación y desarrollo*. UNGS-Prometeo, Buenos Aires, 2004.



CORTÉS, Carlos Eduardo; *La comunicación al ritmo del péndulo. Medio siglo en busca del desarrollo*. Mimeo.- Edición revisada. Bogotá-Quito, 2009.

ESCOBAR, Arturo. “Antropología del Desarrollo: Desarrollo y Antropología en la Modernidad”. En *El final del Salvaje: Naturaleza, Cultura y Política en la Antropología Contemporánea*. ICAN-CEREC, Bogotá, 2001.

ESCOBAR, Arturo. “El ‘posdesarrollo’ como concepto y práctica social”. En MATO, Daniel (coord.); *Políticas de Economía, Ambiente y Sociedad en tiempos de la globalización*. Facultad de Ciencias Económicas y Sociales (Universidad Central de Venezuela), Caracas, 2005.

ESTEVA, Gustavo; “Desarrollo”. En VIOLA, Andreu (comp.); *Antropología del desarrollo. Teorías y estudios etnográficos en América Latina*. Ed. Paidós, Barcelona, 2000.

FRASER, Nancy; *Iusta Interrupta. Reflexiones críticas desde la posición postsocialista*. Siglo del Hombre Editores. Universidad de los Andes, Bogotá, 1997.

GARCIA CANCLINI, Néstor (Editor); *Políticas culturales en América Latina*. Ed. Grijalbo, México, 1987.

GARRETON, Manuel Antonio (Coordinador); *El espacio cultural latinoamericano. Bases para una política cultural de integración*. Fondo de Cultura Económica/Convenio Andrés Bello, Bogotá, 2003.

GIMENO, Juan Carlos y MONREAL, Pilar (Eds.); *La controversia del desarrollo. Críticas desde la antropología*. Ed. Libros de la Catarata, Madrid, 1999.

MARTIN BARBERO, Jesús; *De los medios a las mediaciones*. GG Mass Media, México, 1987.

MARTIN BARBERO; “Transformaciones comunicativas y tecnologías de lo público”. En Revista Meta política. Vol. 5, N° 17. México, 2001.

MARTIN BARBERO, Jesús; *Oficio de Cartógrafo. Travesías latinoamericanas de la comunicación en la cultura*. Fondo de Cultura Económica. Santiago de Chile, 2002.

MATA, María Cristina; “Interrogaciones sobre el consumo mediático”. En Revista Nueva Sociedad Nro. 140. Caracas, Venezuela. Noviembre- Diciembre 1995.

MATA, María Cristina; “Comunicación y Ciudadanía. Problemas Teórico-Políticos de su articulación”. Rev. Fronteiras. Estudos Midiáticos. VII (1): 5-15, Río de Janeiro, Abril 2006.

MATTELART, Armand; *La comunicación-mundo. Historia de las ideas y de las estrategias*. Ed. Fundesco; Madrid, 1993.

PNUD (Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo); *El Paradigma del Desarrollo Humano*. 2002.

RENDUELES, César; “Karl Polanyi o la humildad de la Ciencias Sociales” En Nexo Revista de Filosofía, Nro. 2 disponible en <http://fs-morente.filos.ucm.es/publicaciones/nexo/n2/Rendueles.pdf>.

REY, Germán; “Cultura y Desarrollo Humano: unas relaciones que se trasladan”. En Pensar Iberoamérica, Revista de Cultura, OEI, número 0, febrero 2002. Disponible en <http://www.oei.es/pensariberoamerica/ric00a04.htm>.

URANGA, Washington y BRUNO, Daniela; “Itinerarios, razones y encrucijadas de la comunicación en América Latina”. Documento de Cátedra UNLP/UBA, Buenos Aires, 2001.

VARGAS SOLER, Juan Carlos. “Discurso y práctica del desarrollo: una visión histórica desde América Latina”. Mimeo, 2007.

VIOLA, Andreu; “La crisis del desarrollismo y el surgimiento de la antropología del desarrollo”. En *Antropología del desarrollo. Teorías y estudios etnográficos en América Latina*. Ed. Paidós, Barcelona, 2000.

WAISBORD, Silvio; *Árbol genealógico de teorías, metodologías y estrategias en la comunicación para el desarrollo*. Fundación Rockefeller, Mimeo. s/f.

WHITE, Robert; “Análisis cultural de la comunicación para el desarrollo: el rol de la dramaturgia cultural en la creación de una esfera pública”. En Revista Diálogos de la Comunicación, Nro. 34, Septiembre de 1992. (Traducción de Ana María Cano)

WRIGHT, Susan; “La politización de la cultura”. En *Anthropology Today*. Vol. 14 Número 1. Febrero de 1998. (Traducción de Florencia Enghel y Revisión Técnica de Mauricio F. Boivin y Julieta Gaztañaga).

YÚDICE, George; “Introducción”. En *El Recurso de la Cultura. Usos de la cultura en la era global*. Ed. Gedisa, Barcelona, 2002.